

Juan Postigo Vidal

(Saragossa)

<https://orcid.org/0000-0002-0669-4774>

LOS ESPACIOS DOMÉSTICOS PARA LA LECTURA Y EL ATESORAMIENTO DE LIBROS: UNA VISIÓN SOBRE LA ZARAGOZA DEL BARROCO

Abstract

The intention of this paper is to introduce the reader to the issue of space where one used to read and collect books within the residential structures in seventeenth-century Zaragoza. For this purpose, the author analyzes the inventories of movables, the essential source for studies into aspects of daily life and material culture.

Keywords

private libraries, reading places, material culture, modern times

El presente artículo pretende ofrecer una pequeña introducción al análisis de los ambientes materiales en los que el lector moderno debió de establecer sus lecturas; y ello se hace bajo el supuesto de que elaborar una historia de los lectores y de la lectura a través tan solo de las menciones de los libros que comúnmente aparecen reflejados en la documentación, y sin hacer un estudio simultáneo de los contextos personales y ambientales que participaron en cada caso (siempre en la medida de las posibilidades que puedan alcanzarse en este ámbito), no es algo que en principio resulte demasiado recomendable¹. Lo que debería quedar claro, por tanto, es que el estudio de los lectores, de las lecturas, o de los hábitos relacionados

¹ La documentación citada en este trabajo procede del Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza (AHPNZ). Se trata en su mayoría de inventarios de bienes muebles, que es –como se sabe y como se suele recordar– la fuente predilecta para el estudio de las cuestiones relativas a la cultura material.

con el almacenamiento, con la exhibición o con el coleccionismo de los libros, ha de tener en cuenta también las “atmósferas” en las cuales esas distintas lecturas se llevaron a efecto. Así pues, en las siguientes líneas se ofrecerá una primera aproximación a los espacios domésticos donde tales prácticas se realizaron en la Zaragoza de la era del Barroco; algo que, como se verá, pudo dar lugar a diferentes modelos en función de la procedencia social o de las necesidades particulares de cada individuo².

LOS “NO LUGARES” PARA LA LECTURA

A lo largo del siglo XVII, y muy a pesar de los notables cambios que en occidente se habían operado con éxito en relación a la difusión de la cultura escrita, las clases populares todavía continuaron manteniéndose aisladas del fenómeno literario, del impulso bibliófilo y lector que ya afectaba a muchos en la mayoría de los núcleos poblacionales amplios. No es que los trabajadores manuales o los campesinos permaneciesen absolutamente ajenos al ejercicio de la lectura en sí misma, pero sí que parece que sus formas de acercarse a esta nueva práctica intelectual, hubieron de ser –debido al analfabetismo imperante entre los sectores no privilegiados – bastante especiales. Resulta relativamente fácil imaginar los clásicos episodios de lectura grupal, el uso sistemático de la voz alta en ambientes de tipología variable, o, por qué no, la proliferación de ediciones populares de textos disponibles para todo el conjunto social, la reproducción manuscrita de textos y pasajes aislados procedentes de fuentes diversas, o incluso la memorización y recitación de fragmentos distintos. Una serie de acciones cotidianas y solo a priori inofensivas, que debemos dar por supuestas aun cuando las fuentes documentales rara vez nos ofrecen testimonios de su existencia³.

En Zaragoza, los inventarios de bienes indican con vívida claridad la total inexistencia de emplazamientos predilectos para la lectura dentro de los ambientes domésticos de los trabajadores manuales. Aquí, en estas “casas-taller”, “casas-tienda”, o “casas-granja”, donde el espacio dedicado a la actividad profesional del propietario a menudo estaba nítidamente dividido del espacio más exclusivo de la vida familiar, los contadísimos volúmenes escritos que ocasionalmente pudiesen aparecer, lo harían descansando sobre muebles o escondiéndose dentro de cajo-

² Lo que se presenta en los siguientes tres epígrafes es el avance de una investigación todavía en curso que verá próximamente la luz: Postigo Vidal [en prensa].

³ Sobre la lectura de las clases populares, puede consultarse Chartier 2001, p. 471-493; y de un modo más específico, los trabajos de Infantes 2014.

nes cerrados en compañía de elementos diversos de uso común. Así ocurrió en el caso del platero Gaspar Monzón, quien hasta el momento de su muerte en 1647 llegó a acumular el reducido número de “7 libros grandes” en una atmósfera que dejaba entrever cierta voluntad presuntuosa: en aquella habitación había multitud de muebles caros de nogal y taraceados, pinturas “de los quatro tiempos” y “de fruteros”, paños de Arrás “de figuras”, y un despliegue nada desdeñable de piezas de plata⁴. Y algo parecido podríamos decir quizás del sillero Juan Félix, que guardaba “24 partes de comedias” y un ejemplar de las [Academias morales de las musas] (obra del dramaturgo y poeta lírico Antonio Enríquez Gómez) en un entorno repleto de escritorios, espejos y sillas, cuando sin embargo el taller de la vivienda no ofrecía a la vista nada más allá de los tableros, martillos, tijeras, tenazas, tornillos y compases⁵.

Durante la época de la que hablamos, conforme las prácticas capitalistas empezaban a hacer posible sortear los anquilosados órdenes estamentales de rai-gambre medieval, no fue realmente extraño que aquellas personas de procedencia humilde pero capaces de amasar importantes cantidades de dinero a través de sus labores, optasen por imitar los estilos de vida de la gente privilegiada, y es por ello que con frecuencia observamos ciertos niveles de lujo en las viviendas de la gente trabajadora. La inclusión de pinturas o esplendorosas tapicerías en los espacios habitables, vinculaba quizás a las personas que las habían adquirido con las más que probables intenciones de participar en esa gran oleada iconográfica que caracterizó a todas las sociedades católicas en los tiempos inmediatamente posteriores a la llegada de la Contrarreforma. Los ejemplos de Gaspar Monzón y de Juan Félix pudieron tener que ver con esto. Sin embargo, lo que por el contrario no fue tan frecuente fue que el ejercicio de la lectura, o mejor dicho, que la práctica de leer uno mismo los volúmenes adquiridos en un espacio específicamente acomodado para ello, pudiese darse sin más en los entornos domésticos de aquellos que contaron con posibilidades económicas suficientes. La lectura de las clases populares, insistimos, fue en la mayoría de los casos una lectura asistemática, casual, y esa realidad no llegaría a violarse ni en los casos más abultados, como pudo ser el de los ricos mercaderes, que ya contaron con conjuntos de libros de veinte o veinticinco ejemplares. Para esos ricos mercaderes, sobradamente capaces de leer por ellos mismos y de escoger sus lecturas favoritas, tampoco fue necesaria la creación de espacios apartados para dar cuenta de sus adquisiciones.

⁴ AHPNZ, Felipe Tomás Garro, 1647, ff. 346 r.-356 v.

⁵ AHPNZ, Juan Gil Calvete, 1650, ff. 2.288 v.-2.299 v.

EL LUJOSO ESTUDIO MASCULINO: REMANSO DE PAZ Y ÉXTASIS INTELECTUAL

Los tiempos modernos vieron aparecer lugares específicos en los que poder leer, escribir y pensar en ambientes de absoluta soledad. Tal hito, que implicó la modificación del organigrama mental ligado a lo “doméstico”, ocurrió por vez primera en la Italia del Renacimiento, cuando a través de los incipientes *studioli* de Federico de Montefeltro en Urbino, de Isabella d’Este en Ferrara, o de Pedro de Cosme de Médici en Florencia, los ambientes palaciales de algunos príncipes y mecenas empezaron a reservar cámaras apartadas donde albergar sus preciadas bibliotecas; unas cámaras que, por lo demás, se desmarcaron estéticamente de su predecesor directo – que no era otro que la celda del religioso – añadiendo suntuosos conjuntos decorativos que venían a enlazar con los nuevos gustos clasicistas que el nuevo ideario humanístico imponía. Ya en la segunda mitad del siglo XV, el [Tratado de Arquitectura, 1464] de Antonio Averlino destacaba de la biblioteca de Pedro Cosme de Médici sus “efigies y retratos de todos los emperadores y hombres nobles que han vivido, realizados en oro, plata, joyas, mármol y otros materiales”⁶.

Regresando a la capital aragonesa, debemos aclarar que ya desde inicios del Quinientos aparecen reflejados los primeros testimonios de estudios modernos dentro de las casas, unos lugares efectivamente orientados al reposo intelectual y en los que, como no podía ser de otra manera, se ordenaron en anaqueles bien dispuestos los primeros testimonios bibliográficos que ya nada tenían que ver con los contextos monásticos. Merece además remarcar que tales espacios, como ya hemos podido adelantar en las líneas superiores, no se materializaron siempre, sino que solo llegaron a interesar realmente a aquellos que – en principio – pudieran darle después un uso bien definido: profesionales liberales, religiosos y gente privilegiada, esencialmente. Y por último, es asimismo importante dejar claro que la orientación social de la que hablamos no varió demasiado con el tiempo, por mucho que una ciudad como Zaragoza – en la que el influjo poderoso de la imprenta debió de generar un número progresivo de elementos de lectura, o en la que la inauguración de su propia Universidad o la fundación de nuevas escuelas de primeras letras regentadas por instituciones eclesiásticas facilitaron por una parte la llegada de intelectuales foráneos a la urbe, y por la otra la difusión de la alfabetización entre segmentos más amplios del horizonte poblacional – fuera en realidad el escenario perfecto en el que la cultura “de élites” pudiese en cierto modo estar mimetizándose con la cultura “popular”.

⁶ Para completar información sobre la creación y la influencia de los *studioli* italianos: Campbell 2004; Currie 2010, p. 69-94; Franceschi 1993; y Thornton 1997.

La definición ofrecida por Sebastián de Covarrubias para la voz “estudio” aclara bastante el significado más ampliamente entendido para este concepto en pleno siglo XVII. En primer lugar, el lexicógrafo lo define como “el aposento donde el estudiante o el letrado tiene su librería y donde estudia”; lo cual implica que, en sí mismo, el estudio se estaría constituyendo de hecho como un lugar predilecto para la conservación de los libros dentro de la casa; aunque no sólo eso, sino también como un emplazamiento idóneo para el uso de los mismos, es decir, como un espacio para estudiar y reflexionar. En segundo lugar, la definición añade, en cambio, una variante interesante al significado inicial. Covarrubias afirma que el estudio es igualmente toda aquella habitación en la que los profesionales liberales “negocian (...) dexando el resto de la casa a su familia”. Con lo cual, aquí se nos especifican dos importantes rasgos más. Para empezar, y ciñéndonos exclusivamente a esta última acepción, el estudio es por tanto un espacio exclusivo para el padre de familia, es su lugar propio, y su parentela debe en consecuencia conformarse con el resto de los lugares de la vivienda. Además de ello, en el estudio el hombre – el profesional, el estudioso o el intelectual – recibe a sus visitas de negocios, y es allí donde trata con ellos sobre sus asuntos profesionales o sobre todos aquellos temas que no encajen por las razones que sean con lo estrictamente familiar⁷.

Un espacio masculino, por tanto, pero también un espacio que podía servir a intereses relacionados con la intimidad y la sociabilidad en igual medida. Esta última es la razón por la cual a menudo se advierte que estas habitaciones acababan convirtiéndose asimismo en verdaderas plataformas de representación social, donde además de los libros, el propietario trataba de proyectar o comunicar a través de los elementos decorativos, un estatus ligado al nivel intelectual ostentado. Unos testimonios especialmente valiosos a este respecto son las capitulaciones de obra, unos documentos notariales que por lo general mandaban redactar todos aquellos que se embarcaban en complicadas obras de reestructuración doméstica, y en los que, como no podía ser de otra manera, los contratantes planeaban ocasionalmente diseñar habitaciones de estudio, cosa que hacían atendiendo a una serie de normas que consideraban ya sabidas de antemano. Salta a la vista, en primer lugar, que los estudios muchas veces se llevaban a los entresuelos de la vivienda, es decir, a zonas aisladas del resto de aquellas otras donde los miembros de la familia desarrollaban sus actividades cotidianas. También se observa que tras la denominación de “estudio”, los recuentos archivísticos podían estar a su vez aludiendo no a una sola habitación separada del resto de piezas, sino a una auténtica consecución de habitaciones dispuestas en enfilada, una detrás de la otra, que, sirviendo a los intereses de ese hombre estudioso o bibliófilo, hacía quizás las veces de un

⁷ Sobre estas cuestiones, puede consultarse Postigo Vidal 2018, p. 263-297; y 2013, p. 1.067-1.082; Abad Zardoya 2012, p. 113-134.

“apartamento dentro del apartamento”. Por último, estas mismas capitulaciones de obra, en su empeño por dejar bien atadas todas las cuestiones importantes en los trabajos de la obra, a veces ubicaban estos estudios en emplazamientos preeminentes del hogar, dando a entender la trascendencia simbólica que tales estancias podían llegar a ostentar.

Uno de esos contratos lo firmó en 1604 un mercader llamado Joan de Comer con los canteros Simón de Sanuja y Joannes de Arano⁸. En él se especificaba que

los dos maestros (...) prometen y se obligan de hacer y edificar en unas casas del dicho Joan de Comer, sitiadas en la presente ciudad en la parroquia del señor San Felipe, en la calle que baja de dicha iglesia a la plaza del Justicia (...) una portalada dentro del tiempo y por el precio y de la suerte y como se contiene en un memorial en papel escrito...

Esa gran portalada, que conectaba directamente con el patio de la casa, debía hacerse de piedra blanca (“aljez sacada del monte de Épila, de donde la acostumbra a sacar”), y había de medir “de ancho doce palmos de lumbre”, y de alto “todo lo que pueda desde el suelo de la calle hasta el suelo del *estudio* que está encima”.

La construcción de una monumental portada de piedra en la fachada de la casa contribuiría a la proyección de un efectismo considerable, apreciable por todo aquel que pudiese verlo desde fuera, en la calle. El rico mercader Joan de Comer, en su decidido afán por equipararse con las capas más acomodadas de la ciudad, no dudó de que esa era una estrategia de gran utilidad para sus intereses. Con todo, y centrándonos más profundamente en el perfil típico del estudio zaragozano, es necesario subrayar ahora que los rasgos distintivos que de manera más evidente marcaron su particular idiosincrasia, más que tratarse de cuestiones de tipo “externo”, se basaron, desde luego, en factores de una tipología más interna, que atañía a lo visto y experimentado in situ por el propio espectador. Y es de ese modo que, más allá de los repertorios bibliográficos, la misma decoración de los estudios – de esos espacios de lectura, escritura, pensamiento y discusión intelectual – se constituyó como una auténtica piedra de toque a este respecto. Por supuesto que es posible localizar el rastro humanístico de los mencionados *studioli* italianos, ese conjunto de representaciones iconográficas en forma de pinturas, grabados y ricas tapicerías que venían a transmitir el tan codiciado gusto por los saberes descubiertos de la cultura grecolatina; o también el atesoramiento de objetos exóticos y raros muy seguramente relacionados con los gabinetes de curiosidades nórdicos, con esas cámaras de maravillas (*wunderkammern*) que dejaban salir a la luz muestras de medallas, monedas antiguas, grupos de plantas o restos geológicos, instrumentos

⁸ AHPNZ, Mateo de Villanueva, 1604, ff. 267 r.

científicos y elementos extraños pertenecientes a pueblos o tribus lejanas⁹. Sin embargo, estas dos ambientaciones, si bien permanecieron de alguna forma presentes en la atmósfera lectora zaragozana, no fueron desde luego las más características.

Si queremos referirnos ahora a los rasgos más representativos de los estudios zaragozanos durante el siglo XVII (insistimos, de los estudios “lujosos” de las clases más pudientes que no se conformaron con la disposición de sus libros en anaqueles y muebles similares), sin duda habremos de señalar dos aspectos muy fundamentales que de manera directa tuvieron que ver con el contexto contrarreformista inherente al ámbito hispánico del Barroco. Así pues, en primer lugar es preciso subrayar el rotundo carácter religioso de los espacios de lectura en general de todos los hogares de la ciudad donde esas estancias llegaron a construirse – pues muy concretamente en el aspecto decorativo, prevaleció invariablemente una impronta profunda marcada por una espiritualidad de atronadora visibilidad. Y en segundo lugar, merece destacarse una aparente muestra, también muy recurrente, de elementos pretendidamente vinculados al pasado caballeresco de las familias, pues es sabido que durante la Edad Moderna, y más concretamente durante los tiempos del Barroco, la demostración de la existencia de nobleza de sangre fue una verdadera preocupación que llevó a buscar en los árboles genealógicos las pruebas fehacientes que atestiguaran la presencia de ese estatus en el individuo. En este proceso, las habitaciones de estudio sirvieron asimismo como catalizadores de estos sueños de nobleza: aparecían con frecuencia en ellas conjuntos de armas expuestas en las paredes, escudos de Armas grabados en los objetos muebles, retratos de reyes, emperadores o pinturas de batallas, y otros objetos llamados a demostrar mediante la fuerza de la imagen un trasfondo verídico a tales propósitos.

OTROS DOS ENTORNOS DE LECTURA ALTERNATIVOS: LOS ARQUETIPOS DEL RELIGIOSO “ASCETA” Y DE LA MUJER DEVOTA

A pesar de que como ya venimos indicando, todo aquel que tuvo opción de constituir un ambiente de lectura exclusivo y bien acondicionado tendió a reservar un espacio de la casa con este propósito, es igualmente cierto que más allá de los dos modelos de lectura imperantes en la época (la lectura asistemática de las clases populares, y la silenciosa y más o menos opulenta de los intelectuales y pro-

⁹ En relación al coleccionismo, todavía son relevantes las obras de Von Schlosser 1988; y de Checa y Morán 1985. Además, son interesantes los siguientes trabajos: Jiménez Díaz 2001; Cano de Gardoqui 2001. Y de un modo más global, Mauriès 2002; Impey y MacGregor 1985; Lugli 1997; y 1998. La relación entre el poseedor y su colección es un tema que ha generado atención también: Muensterberger 1995; Blom 2003; Elsner y Cardinal 1994; o también, Bleichmar y Mancall 2011.

fesionales liberales con instrucción letrada), pudieron existir también alternativas bastante notorias. Por ello, en este último epígrafe planteamos dos referencias que muy seguramente podríamos tener por comunes durante el siglo XVII zaragocano y que se refieren a grupos particulares de la población a menudo vinculados a la palabra escrita.

El primero de los dos casos tiene como protagonista a un religioso. Aunque generalmente el estereotipo siempre ha sido otro, entre los integrantes del bajo clero podría decirse que abundó la modestia y la sencillez. Observemos un momento la vivienda de mosén Pedro Caraç, beneficiado de la iglesia de San Pablo hasta el instante de su muerte en 1626. En ella no vemos, como otras veces podía ocurrir, dilatados juegos de útiles de plata, ni colecciones de pinturas, ni ricas tapicerías, ni muebles realizados con maderas nobles, ni tampoco estanterías colmadas de libros ubicadas en idóneos ambientes de lectura. Su casa era un refugio simple y mínimamente preparado para la vida humilde que aquel hombre quiso probablemente llevar¹⁰. Se estructuraba a partir de un estrecho patio o luna que conectaba con la cocina, la bodega y la caballeriza, unos espacios semivacíos en los que tan sólo había útiles para cocinar y unos pocos toneles de vino y de agua. El resto de la vivienda se dividía en dos aposentos más: el alto, que contenía la cama, el escritorio “viejo” y la pila benditera; y el bajo, con las vestimentas del religioso (loba, manteo, albas “con sus cingulos de lienço buenas”), una arquimesa con escrituras dentro, y dos libros metidos en un arca de pino. Eran un vocabulario eclesiástico y un volumen de Santa Gertrudis.

Una posible explicación ante tal grado de sencillez cabría obtenerla adoptando un enfoque amplio del tema en cuestión. Al fin y al cabo, la llegada al sacerdocio implicaba en quien había emprendido su camino la inclusión en un grupo amplio, privilegiado, que se distinguía del resto de la población por medio del disfrute y ejercicio de una serie de preeminencias y de responsabilidades espirituales que conformaban su singularidad e idiosincrasia. Se sabe que la población española disminuyó durante el siglo XVII; en cambio, el número de clérigos no dejó de aumentar en los años de crisis, haciendo que para muchos la vida religiosa se constituyese como una especie de salida profesional a tener en cuenta. Por una parte, la Iglesia de la Contrarreforma ostentaba un poder político y económico que garantizaba la posición preeminente de sus integrantes dentro de ese contexto característico de “control de lo sagrado”, cuya responsabilidad, a fin de cuentas recaía exclusivamente sobre los propios miembros del clero (ya que estos eran quienes habían sido encomendados en la crucial tarea de guiar a los creyentes en el camino de la salvación); por otro lado, ese mismo carácter privilegiado mostraba infinidad de matices distintos y disimilitudes. El estamento religioso era por definición hetero-

¹⁰ AHPNZ, Pedro Lamberto Villanueva, 1626 [sin pagar].

géneo, y en él, a veces, eran muy pocas las semejanzas que sobresalían con nitidez. La diferencia de las competencias no garantizaba un orden equivalente en el plano económico, de forma que entre toda aquella amalgama de cargos y competencias, era común que los beneficiados, los racioneros, los canónigos, los capellanes, o los curas párrocos, contasen con recursos y niveles de vida desiguales, para nada acordes con una pauta lógica; y lo mismo debió de ocurrir con el nivel educativo entre unos y otros; o con las vías por las cuales – el mérito, la influencia familiar... – cada individuo llegó a ocupar su cargo y a evolucionar en el escalafón de la institución. Así se explica un ambiente tan poco prototípico como el de Pedro Caraço.

Por otra parte, y en segundo lugar, seleccionamos el ambiente de lectura de Ana de Ágreda, una mujer domiciliada en torno a la iglesia de la Magdalena hasta el año de su fallecimiento en 1605¹¹. Aquí, sobre un banquillo de pies torneados había cinco libros: las “obras de fray Luis de Granada en un cuerpo”, el “catacismo de fray Luis de Granada”, una obra de San Juan Clímaco; un *Flos Sanctorum*, y un “Aprovechamiento espiritual”. Ello, además, se encontraba en un aposento adyacente al dormitorio de Ana de Ágreda que debió de servir como oratorio o capilla personal en la vivienda. La habitación contenía un retablo “de nuestra señora con San Juan bautista y otra santa hallado en el remate de arriba un cristo crucificado”, y otras imágenes piadosas, como eran un cuadro de la Virgen con el niño en el pecho, una escultura de Santa Ana “vestida de raso negro”, otra hechura del niño Jesús “vestido de brocatel con su gorica”, “un San Josep de alabastro”, unas estampas de San Miguel y San Jerónimo, una pintura “del rico avariento”, y, lo que es mucho más inusual, un retrato de ella misma (“de la difunta”)¹².

La descripción del entorno doméstico de la viuda Ana de Ágreda nos transporta automáticamente al ambiente característico al que toda mujer devota hubo de querer aproximarse casi como por impulso durante esos primeros años del siglo XVII. La selección de las – pocas, pero muy bien escogidas – lecturas, que servirían para facilitar el rezo y para instruir en temas de conciencia y de conducta cristiana; la profusión de objetos piadosos, imágenes, estampas, esculturas, y otros útiles prácticos llamados a motivar la serenidad y la reflexión; las referencias familiares por medio de representaciones gráficas que pudiesen animar al recuerdo, o mediante la aparición de prendas de vestir de luto; y por supuesto, las labores de bordado y costura, encaminadas a llenar el tiempo de una forma constructiva

¹¹ AHPNZ, Martín Martínez de Insausti, 1605, ff. 383 r.- 391 v.

¹² En el aposento anterior “donde dormía dicha Anna de Ágreda” también se encontró un “retrato” de su sobrina dentro de uno de los cajones de una arquimesa de Alemania, así como un rosario de ébano, una caja de plata con *agnus deis* dentro, una figurilla de marfil representando a San Francisco, y varios monjiles de camelote y paño negro. Para acabar, la otra habitación inmediata a la mencionada capilla de los libros contaba con un telar, con una “escalerilla para hacer guarniciones”, y con varias cestas con trozos de tela y madejas de estopa.

y honesta, eran señales que monopolizaban a menudo los espacios femeninos de manera inflexible. Tal y como puede apreciarse, por tanto, la lectura femenina era muchas veces una lectura de elite de muy difícil acceso, a menudo monopolizada por la literatura religiosa (que era la única justificable desde el punto de vista oficial), y que debía llevarse a efecto en un contexto de devoción y espiritualidad doméstica de gran transparencia. Hubiera resultado casi impensable encontrar a una mujer sentada en una de esas enormes sillas de cuero tachonado, leyendo tras un escritorio alguno de los libros de la biblioteca en la casa. Lamentablemente, las mujeres no tenían estudio como los hombres, ni solían acumular los ejemplares en estanterías para llegar a crear, de así quererlo, colecciones de libros.

Por lo dicho hasta aquí, podemos concluir que los inventarios de bienes de la Zaragoza del siglo XVII nos ofrecen a la vista un repertorio limitado pero muy bien demarcado de los distintos ambientes domésticos que pudieron servir para la realización del ejercicio de la lectura y del atesoramiento de libros. Salta a la vista que el más adecuado y vistoso de esos ambientes era el conocido “estudio”, que no solamente servía para albergar las bibliotecas de los estudiosos, los profesionales y los coleccionistas, sino que también hacía las veces de plataforma de representación social a través de la exhibición de piezas artísticas diversas. Con todo, parece que los diversos modos de lectura que hubieron de coexistir durante la época del Barroco zaragozano, requirieron en la mayoría de los casos – cuando el tipo de lectura que se realizaba no era esa lectura “institucional” y casi privilegiada que vemos representada en las mencionadas habitaciones – de atmósferas diversas que lamentablemente con muy poca asiduidad vemos reflejadas con claridad en las fuentes. Desde las habitaciones destartaladas, hasta los rincones vacíos o los lugares de devoción, fueron, según se aprecia, posibles entornos de lectura que los diferentes grupos sociales utilizaron en coyunturas y situaciones variables.

DOMESTIC SPACES DEDICATED TO READING AND COLLECTING BOOKS: A VISION OF ZARAGOZA IN THE AGE OF BAROQUE

Summary

In the paper, the attention focuses on the spaces to read and collect books within residential structures in seventeenth-century Zaragoza. For this purpose, the author analyzes the inventories of movables, the essential source for studies into aspects of daily life and material culture. In the first place, the issue is discussed with respect to the dwellings of the lower classes, in order to determine whether one can speak of “reading practices” in those cases and a whether such social strata did have a need to find places to engage in reading and collecting books. Subsequently, the author examines

the classical reading milieu of the modern era, namely the apartments of intellectuals and liberal professionals, whose dwellings usually included a space designated for that purpose. Finally, other reading models are discussed, which had nothing in common with the spontaneity that characterized the first analyzed group, nor with the practice of looking for and collecting books by the second one. Specifically, the author is concerned with the archetypes of religious “ascetic” and a devout “woman”.

Bibliografía

- Abad Zardoya C. 2012, Donde el arte debe sujetarse a la necesidad. Intendencia doméstica, sociabilidad y apartamentos masculinos en los entresuelos del siglo XVIII, [en:] G. Franco Rubio, *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España moderna*, Madrid, p. 113-134.
- Bleichmar D., Mancall P.C. 2011, *Collecting across cultures. Material exchanges in the Early Modern Atlantic World*, Philadelphia.
- Blom P. 2003, *To have and to hold. An intimate history of collectors and collecting*, Nueva York.
- Campbell S.J. 2004, *The Cabinet of Eros. Renaissance Mythological Painting and the Studiolo of Isabella d'Este*, New Haven-Londres.
- Cano de Gardoqui J.L. 2001, *Tesoros y colecciones. Orígenes y evolución del coleccionismo artístico*, Valladolid.
- Chartier R. 2001, Lecturas y lectores “populares” desde el Renacimiento hasta la época clásica, [en:] R. Chartier, G. y Cavallo (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, p. 471-493.
- Checa F., Morán M. 1985, *El coleccionismo en España: de la cámara de maravillas a la galería de pinturas*, Madrid.
- Currie E. 2010, *The Study: Business and Pleasure*, [en:] *Inside the Renaissance House*, Londres, p. 69-94.
- Elsner J., Cardinal R. 1994, *The Cultures of Collecting*, Cambridge.
- Franceschi F. 1993, *Business Activities*, [en:] M. Ajamar-Wollheim, *The Mastery of Nature: Aspects of Art, Science and Humanism in the Renaissance*, Princeton.
- Infantes V. 2014a, *En octavo. Historia mínima de un formato editorial*, Madrid.
- Infantes V. 2014b, *Lyra mixta. Silva ejemplar de artificios gráficos-literarios*, Madrid.
- Infantes V. 2014c, *Ludo ergo sum. La literatura gráfica del juego áureo*, Madrid.
- Impey O., Macgregor A. 1985, *The Origins of Museums: The Cabinet of Curiosities in Sixteenth and Seventeenth-Century Europe*, Oxford.
- Jiménez Díaz P. 2001, *El coleccionismo manierista de los Austrias entre Felipe II y Rodolfo II*, Madrid.
- Lugli A. 1997, *Wunderkammer: la stanza della meraviglia*, Turín.
- Lugli A. 1998, *Naturalia et mirabilia: les cabinets de curiosites en Europe*, París.
- Mauriès P. 2002, *Cabinets of Curiosities*, Nueva York.
- Muensterberger W. 1995, *Collecting: an unruly passion. Psychological perspectives*, Nueva York-Londres.
- Postigo Vidal J. [en prensa], *Lugares de sabios. Bibliotecas privadas y ambientes de lectura. Zaragoza (1600-1676)*, Zaragoza.
- Postigo Vidal J. 2018, *Crear espacios para leer y pensar. Los estudios de Zaragoza en los siglos XVII y XVIII*, *Studia Historica. Historia Moderna*, 40, 1, p. 263-297.

- Postigo Vidal J. 2013, El estudio como espacio para la intimidad, la intelectualidad y la masculinidad en Zaragoza durante la Edad Moderna, [en:] E. Serrano Martín (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Zaragoza, p. 1.067-1.082
- Thornton, D. 1997, *The Scholar in his Study. Ownership and Experience in Renaissance Italy*, New Haven y Londres.
- Von Schlosser J. 1988, *Las cámaras artísticas y maravillosas del Renacimiento tardío. Una contribución a la historia del coleccionismo*, Madrid.